

El Día de Pentecostés, 31 de mayo 2020

Penelope Bridges

Hoy escuchamos dos cuentas distintas de Pentecostés. La historia en el segundo capítulo de los Hechos de los Apóstoles, con la multitud y las llamas, con las lenguas numerosas y las acusaciones de intoxicación, esta historia es familiar, y con razón: es una historia asombrosa. Ruedo, color, drama: tiene todos los aspectos lo más divertidos de la Biblia.

Entonces, cuando leímos el Evangelio, encontramos una historia muy diferente. No es cincuenta días después de Pascua, sino la tarde del día de Pascua. No es un espectáculo público sino una reunión privada, detrás de las puertas cerradas, un grupo miedoso y doloroso de amigos que reciben, no las lenguas de fuego pero una brisa suave cuando Jesús sopla sobre ellos, dándoles vida nueva, dándoles dirección, elevándoles de la tumba y ofreciéndoles la paz que excede todo entendimiento.

Aunque prestamos más atención a la primera cuenta, seguramente la segunda tiene más resonancia para nosotros hoy en día, con la dinámica de miedo y encierro, con la intimidad de un respiro que puede llevar el Espíritu vivificante o el virus letal.

Hoy es el cumpleaños de la iglesia, ese maravilloso y sagrado misterio. ¿Por qué una iglesia? Quiero decir, ¿por qué Jesús, en obediencia a Dios, llamó a sus amigos para crear la cosa que hemos nombrado la iglesia? Evidentemente, Dios decidió que la mejor manera de construir el Reino de Dios en el mundo, era crear una comunidad que se llamaría la Iglesia, una comunidad de intención de un pueblo que actuarían como los manos y los pies de Cristo en el mundo, todos juntos unidos por el amor para Dios y para su vecino, comprometidos con la reconciliación, la justicia, y la paz para toda la creación de Dios.

Me encantan las sorpresas en las dos historias de Pentecostés. En los Hechos, los discípulos están sorprendidos cuando oyen el Evangelio en lenguas distintas saliendo de sus bocas, y las personas cerca de ellos están asombrados por las buenas nuevas en sus propias lenguas. En el Evangelio de San Juan, la noche de Pascua, los discípulos no esperaban ver a Jesús, que ya habían visto muerto en la Cruz. Pero él aparece entre ellos, viviendo, respirando, y comisionándolos a hacer el trabajo que él había empezado, el trabajo de curación y del perdón a nombre de Dios.

Nuestro Dios es el Dios de sorpresas. Una y otra vez en la Biblia, lo más joven o lo menos probable está llamado para llevar la promesa, para hacer obras poderosas para Dios. Jacob, el gemelo más joven, con moral cuestionable, se convierte en el patriarca de los doce tribus. Jose, el once de doce hijos, salva Israel de hambruna. Ruth, una viuda extranjera sin hijos, se convierte en la abuela de David. Y David, un muchacho que cuida el rebaño, se convierte en el rey. Maria, una chica de un territorio ocupado e insignificante, está llamada para dar a luz al hijo de Dios. Y ahora, un grupo deseducado de aspirantes a revolucionarios recibe el don de las lenguas y están enviados para proclamar el Evangelio en la lengua de los pueblos, hasta los extremos de la tierra. Podemos siempre contar con el Espíritu para sorprendernos y desafiar nuestro nivel de confort.

En este tiempo, hace un año, no habíamos imaginados que cien mil Americanos morirían por un virus nuevo, que la economía mundial se detendría, que tendríamos que adaptar nuestras

prácticas de la fe para los plataformas en línea. El mundo de hoy está todavía roto. Mientras el virus devasta las ciudades y las naciones, las fuerzas de la división agitan el odio y el prejuicio; los Afro-americanos todavía mueren sin razón y en maneras horrendas; los pobres se empobrecen; y los refugiados todavía sufren.

Pero, todavía se queda el Espíritu Santo con nosotros. Nuestra experiencia de la iglesia en estos últimos meses ha sido tan dramática como la experiencia Pentecostal de los discípulos. Estamos predicando el Evangelio en maneras desconocidas, tocando a las personas lejos del edificio de la iglesia, llevando la oración en las casas, incluso dentro de las puertas cerradas por miedo y ansiedad. Cuando dejemos nuestras expectativas de la iglesia como un edificio, traemos a Jesús con nosotros, y otra vez oímos a su voz, diciendo, “Como el Padre me envió a mí, así los envío yo también.”

Jesús nos ha regalado el Espíritu Santo, y nos ha comisionado para que seamos la iglesia en el mundo, para que aprendamos las lenguas nuevas, para que abramos las puertas cerradas por miedo, para que hagamos la paz y para que permitamos que Dios hable a través de nosotros.

El mensaje del amor de Dios es una fuente de gozo irresistible. Si permitimos que Jesús entre en nuestros corazones cerrados, encontraremos los nuevos dones que están esperando dentro de nosotros. Si permitimos que el Espíritu nos guíe, tendremos un tesoro que podemos ofrecer a nuestros vecinos necesitados: una comunidad de amor que comunica en cualquier lengua posible que Dios está con nosotros, que Dios es la fuente del conocimiento y de la sabiduría, que Dios quiere que estemos librados del miedo y vivamos abundantemente, que seamos la comunidad amada, que abracemos a todo el mundo y creemos un mundo más amable, más conectado y más amoroso en la fe de Cristo.